

provincias de Corrientes y Entre Ríos. Esta formación, aunque vecina á la de la Pampa, difiere de ella por su abundancia en árboles y arbustos. Bosques y matorrales no faltan en su territorio. La famosa selva de Montiel, aunque muy maltratada y recortada por el hombre, llena aún una gran parte del suelo. Las riberas del Paraná y el Uruguay tienen magníficas espesuras, en las cuales domina un árbol llamado *yatay*. En las ricas praderas mesopotámicas abundan ciertas hierbas características de este país.

## V

### AGRICULTURA, GANADERÍA Y COMERCIO

En uno de los innumerables banquetes con que me obsequiaron al recorrer las provincias y territorios de Argentina, experimenté á la hora de los brindis una emoción intensa escuchando á cierto orador.

Hababa fría y pausadamente, sin nerviosos arrebatos de elocuencia, como un señor convencido de que dice las cosas mal y no las puede decir de otro modo, pero satisfecho al mismo tiempo de que sus palabras no sean meras sonoridades, sino exacta y escueta representación de algo positivo... Digo que me conmovió, y más hondamente que todos los grandes artistas de la oratoria que he escuchado. ¡Ah, su humilde palabra, tímida y vacilante, que despertaba estremecimientos de admiración!...

— Habéis venido, señor — decía —, á una tierra que ha progresado mucho en el espacio de unos cuantos años, y que ya puede gritar con orgullo al resto del mundo: «Mira, esta es mi obra: esto es lo que yo he añadido al capital de la humanidad». Hace un siglo éramos poco más de medio millón de argentinos: hoy somos seis millones. Nuestros ganados, casi salvajes, parecían entonces numerosos, y sin embargo, ni por su cantidad ni su calidad podían compararse con los del presente. Cien millones de ovejas y cabras, cuarenta de toros, más de diez de caballos y mulas, forman ahora, señor, en números redondos, nuestra riqueza ganadera. Hace treinta años comíamos pan todos los días porque Chile y otras naciones querían vendernos sus trigos sobrantes. Hoy exportamos el excedente de nuestros cereales á todos los mercados, y hasta empezamos á introducir trigo en la América del Norte.

Y los oyentes, entusiasmados por esta arenga, simple y tranquila, no podían contener su emoción. ¡Llegar á introducir cereales en los Estados Unidos! ¡Vender trigo al gigante de la producción universal!... Los labios trémulos necesitaban exteriorizar con palabras su entusiasmo. «¡Viva la Argentina!» Y yo asentía mentalmente á esta aclamación. Sí: justo era vitorear á un país que en tan pocos años realizaba tales prodigios.

Aquel orador, á pesar de su frialdad, era un gran tribuno de los tiempos modernos. Me recordaba á Napoleón diciendo al Directorio: «Cuando me entregásteis los ejércitos, el país se hallaba en un estado deplorable y sólo alcanzaba á determinados límites: ahora es rico por las victorias y tiene nuevas provincias, grandes como reinos»... No había otra diferencia que la del lugar, la especie de las conquistas y el aparato escénico. Pero, indudablemente, las victorias cantadas con voz tímida y ademán sobrio por aquel orador oscuro, valían para el bienestar humano mucho más que las conquistas del glorioso capitán.

La agricultura y la ganadería han realizado en la República del Plata un progreso

enorme. Tal vez en los tiempos actuales ninguna manifestación del trabajo humano ha marchado tan aprisa.

Hace pocos años la agricultura argentina era algo rudimentario, con más carácter de ensayo tímido que de explotación. Sólo una pequeñísima parte del suelo recibía la caricia del arado. El trigo no bastaba para las necesidades nacionales y había que importarlo. Los ganaderos y pastores, al mantener la tierra sin cultivo, dedicada por entero al sustento silvestre de las reses mal cuidadas, se nutrían de carne, y si comían pan era porque Chile y otras naciones (como afirmaba el orador) querían venderles sus trigos. Los campos de cereales de Santa Fe, que hoy son inmensos mares de grano, no bastaban para el consumo nacional. Inútil es decir que no se conocía la exportación.

Sólo á partir de 1878 empezó el trigo argentino á ser superior en cantidad á las



RECOGIENDO TRIGO

necesidades del país. Se inauguró entonces la exportación, que ha ido aumentando año por año hasta invadir los mercados del mundo. En 1887, nueve años después, había embarcado la Argentina en sus puertos, para el consumo de Europa, 238 millones de kilos de trigo, 7 millones de kilos de harina, 362 millones de kilos de maíz y 82 millones de kilos de simiente de lino. Imposible marchar más rápidamente en menos tiempo.

La agricultura argentina tenía ya en dicho año entregadas al cultivo 2 millones y medio de hectáreas, importante extensión de tierra, de la cual un 33 por 100 estaba dedicado al trigo; una cantidad igual al maíz; un 16 por 100 á la alfalfa; un 5 por 100 al lino; un 1 por 100 á la cebada, y otras fracciones á la viña y la caña de azúcar.

Desde entonces ha venido desarrollándose rápidamente, á pesar de las hondas crisis que sufrió el país en 1888 y 1890 por las desmedidas especulaciones y las catástrofes financieras, producto de locos despilfarros y de un desarrollo sobradamente veloz. En 1905 las hectáreas cultivadas ascendían á 10 millones y medio, de las cuales 5 millones de hectáreas pertenecían al trigo, 1 millón al lino, 2 y medio al maíz y 2 á la alfalfa.

¿Cuántas hectáreas de suelo tiene hoy la Argentina en explotación? Tal vez doce millones: tal vez trece. Imposible fijar el número con puntualidad. Consignaría yo una cifra en el momento en que escribo estas líneas, y cuando el libro llegase á manos del lector esta cifra sería ya inexacta, pues en el corto espacio de tiempo transcurrido la cantidad de tierra cultivada habría aumentado considerablemente.

Cada día que pasa, nuevos fragmentos de suelo desmontado y arado se incorporan al



CASA DE UN CAPATAZ DE ESTANCIA

tesoro agrícola nacional. De sol á sol, la tierra argentina se ve modificada en alguna de sus partes. No transcurren veinticuatro horas sin que el hombre esquile algún rodal en la maraña de vegetación salvaje, que aún cubre parte de la superficie del país, destruyendo arbustos, quemando malezas, hincando el arado en la tierra endurecida por los siglos, para romperla, voltearla, desmenuzarla y peinarla, haciendo emerger de sus entrañas energías fecundantes.

Los vientos de la Pampa, que antes soplaban sobre la inmensidad salvaje del desierto, sin en-

contrar otros séres. que los rebaños vigilados por el solitario pastor, ni otras viviendas que los ranchos bajos y míseros, cual guaridas de topos, hoy tropiezan con el caserío de extensas poblaciones y hacen ondear como mares de oro y esmeralda los rubios trigales que se pierden de vista, las lanzas crujientes y emborladas de rojo de las cañas del maíz, la alfalfa de un verde tierno que se riza y ondula, lo mismo que un lago, al más leve empujón de la brisa.

Máquinas con garras de acero y cortantes cilindros, que taján y voltean los terrones, se arrastran sobre los campos, modificándolos rápidamente. El páramo endurecido, de una costra blancuzca, deja al descubierto sus entrañas jugosas de bermellón, ocultas durante siglos, al sentir el peso de los férreos artefactos, ruidosos, abrumadores, vomitando humo.

La aradora de numerosos discos, con unas cuantas vueltas de su marcha jadeante, convierte el desierto, compacto, duro y repelente, en tierra blanda y amorosa, que espera abierta las caricias de la fecundación. Las sembradoras derraman automáticamente su lluvia sólida de gérmenes en los frescos surcos, con una regularidad mecánica, trazando la vida á cordel. Las segadoras abaten las mieses con un *tric-trac* colosal, esquilando la tierra como si fuese el lomo de una bestia inmensa. El viejo gaucho, inmóvil en su caballo cual un centauro, acaba por llevarse la mano bajo el sombrero, rascándose la mollera con expresión de asombro y de duda, y piensa en el diablo, en el temible *Juan sin Ropa*, al ver funcionar ciertas máquinas que en el transcurso de varios segundos, con sólo un impulso de sus engranajes, ruedas y resortes cortan la mies, separan la paja de la espiga, desgranán ésta y encierran el trigo en sacos ó bolsas, que van dejando en el rastrojo.

Los puertos tienen edificios enormes, erizados de torrecillas como una catedral gótica. Son los elevadores que toman mecánicamente el trigo de las carretas ó los vagones, lo bajan á sus cuevas en forma de cascada que humea polvo, lo hacen ascender de piso en piso por cintas automáticas, lo obligan á rodar en la espiral de las limpiadoras, hasta que subido á lo más alto del edificio se derrumba como un chorro de oro en las entrañas de los vapores y veleros anclados al pie del coloso.

En las estaciones de ferrocarril los sacos de grano se amontonan en formas geométricas, como una construcción ciclópea. Son pirámides faraónicas, templos asirios que sólo viven unos cuantos días. El ferrocarril los demuele, arrancando sus bloques uno por uno, y estos frag-

mentos, más útiles que el cascote artístico de las ruinas famosas, se esparcen por el mundo para el sustento de los hombres.

¡Ay! ¿Qué se hicieron el arado romano con sus tardas yuntas de bueyes, el arremangado brazo del sembrador de vigorosos voleos, las tropes de segadores en cuclillas, moviendo sus hoces, serpenteantes á la luz del sol como anguilas de plata nadando en la atmósfera? . . .

En este rápido progreso de la agricultura argentina hay campos que han pasado del matorral del desierto y el quietismo de la aridez á la aradora y la sembradora de vapor, sin haber visto jamás el arado de bestias uncidas ni las labores hechas por mano de hombre. Son semejantes á ciertas poblaciones de este país de maravillas que han saltado desde la toldería india, hecha de ramas y barro y alumbrada por el resplandor de la hoguera, á la ciudad de blancas calles, plazas con jardines é iluminación eléctrica, ignorando los titubeos de un pueblo en formación y los temblores rojizos del petróleo y el gas.

Se siente asombro al volver la memoria á un pasado no lejano, y comparar lo que era el campo argentino hace treinta y cinco años y lo que es actualmente.

Uno de los errores europeos es imaginarse la Argentina tal como la describieron algunos autores de hace dos ó tres décadas. La estancia ó explotación agrícola de entonces era la clásica, la que hemos visto reproducida tantas veces en cuadros y grabados: las reses pastando diseminadas en campos infinitos, faltas de refugio, expuestas á todas las variaciones del tiempo,

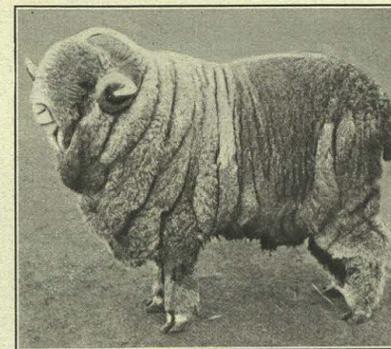
á las crueldades del vendaval, sin otra defensa que acurrucarse en el suelo ocultando la cabeza entre las patas para defenderse de la lluvia ó el viento; los dueños, vestidos lo mismo que los gauchos; sus casas distinguiéndose del rancho por ser de ladrillo, con techumbres de zinc, pero tan rústicas y faltas de comodidad en su interior como las viviendas de los peones.

En las provincias algo apartadas de Buenos Aires aún se mantiene este tipo de estancia; pero en la Argentina Central se halla muy modificado.

Casi todas las estancias modernas son mixtas, dedicándose á la vez á la agricultura y la ganadería. Los rebaños viven en prados artificiales, en campos de alfalfa sometidos á la irrigación, que ofrecen un tierno verdor. Las reses no necesitan separarse, al vivir en tal abundancia, y pastan juntas. El pedazo de suelo que antes bastaba apenas para el mantenimiento de un animal, teniendo que ir



«ASTÓN», PADRILLO DE CARRERA



CARNERO, PRIMER PREMIO

Se siente asombro al volver la memoria á un pasado no lejano, y comparar lo que era el campo argentino hace treinta y cinco años y lo que es actualmente.

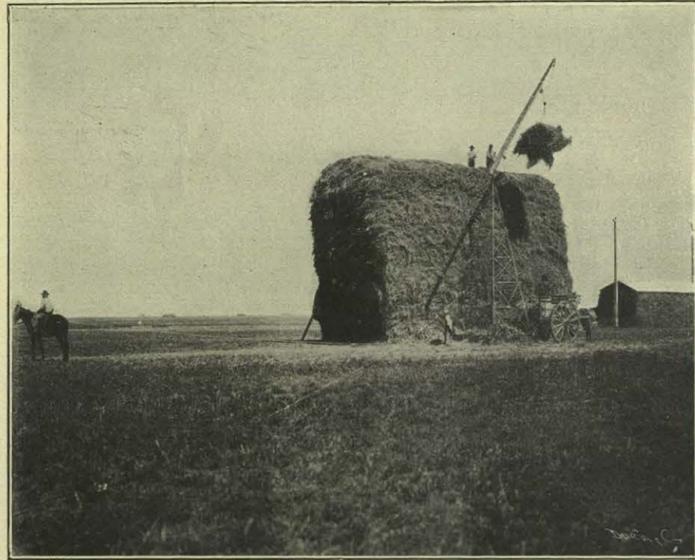
Uno de los errores europeos es imaginarse la Argentina tal como la describieron algunos autores de hace dos ó tres décadas. La estancia ó explotación agrícola de entonces era la clásica, la que hemos visto reproducida tantas veces en cuadros y grabados: las reses pastando diseminadas en campos infinitos, faltas de refugio, expuestas á todas las variaciones del tiempo,

á las crueldades del vendaval, sin otra defensa que acurrucarse en el suelo ocultando la cabeza entre las patas para defenderse de la lluvia ó el viento; los dueños, vestidos lo mismo que los gauchos; sus casas distinguiéndose del rancho por ser de ladrillo, con techumbres de zinc, pero tan rústicas y faltas de comodidad en su interior como las viviendas de los peones.

En las provincias algo apartadas de Buenos Aires aún se mantiene este tipo de estancia; pero en la Argentina Central se halla muy modificado.

Casi todas las estancias modernas son mixtas, dedicándose á la vez á la agricultura y la ganadería. Los rebaños viven en prados artificiales, en campos de alfalfa sometidos á la irrigación, que ofrecen un tierno verdor. Las reses no necesitan separarse, al vivir en tal abundancia, y pastan juntas. El pedazo de suelo que antes bastaba apenas para el mantenimiento de un animal, teniendo que ir

UNA MUESTRA DE ALGODÓN DE MISIONES  
(Exposición Agrícola de Buenos Aires).



UN MONTÓN DE ALFALFA

ferrocarril deja al visitante dentro de sus límites, y un carruaje de última moda, tirado por caballos de lujo, ó un automóvil elegante, le lleva desde la estación á la casa del propietario.

Muchas viviendas de estancieros son verdaderos palacetes, blancos y sobrios á la inglesa ó con los graciosos estilos del Renacimiento. En torno de ellos existe siempre un parque de varias hectáreas con árboles europeos, invernaderos de flores exóticas, fuentes de bronce y mármol y aves raras que extienden en las avenidas los abanicos de su plumaje multicolor.

Cuando llegáis como invitados, os recibe el dueño vistiendo elegante traje de montar, pues viene de recorrer sus extensos dominios; pero luego, á la hora de la comida, lo encontráis puesto de *smoking*, lo mismo que todos los varones de la familia, y á las señoras vestidas con arreglo al último figurín, descotadas y con joyas.

El comedor es de la casa Maple, de Londres, ó de algún mueblista de París: la luz de las bujías hace brillar la plata del servicio, ó saca centellas irisadas de los cristales tallados: las flores forman guirnaldas sobre los arabescos de la fina mantelería. ¡Y estáis en el desierto, á muchas leguas de toda población, rodeados de toros, caballos y rústicos pastores! . . .

El dueño os pregunta vuestra opinión sobre su cocinero, y una vez servido el café en otra pieza adornada con grabados ingleses que representan corceles de carrera y trahillas de perros, escucháis, mientras humea vuestro habano, á la señora de la casa, que en el vecino salón deja correr sus manos sobre un piano de cola. El estanciero muestra con un orgullo de padre satisfecho las copas de plata y las medallas que lleva ganadas en las Exposiciones de Buenos Aires por el mérito de sus bestias ó la calidad de su alfalfa, y os comunica sus esperanzas acerca de los próximos concursos en el Parque de Palermo, con la emoción de un artista que prepara el envío de un cuadro ó una estatua.

Luego os introduce en su biblioteca, habitación de una severidad británica, con profundos sillones de oscuro marroquí y barnizados estantes, donde se alinean todas las enciclopedias inglesas, francesas é italianas que tratan de agricultura y ganadería. Algunos hasta son bibliófilos, y os muestran ediciones raras de libros españoles de los siglos XVII y XVIII; tratados para

éste de matoja en matoja para encontrar unas briznas útiles, sustenta hoy grupos compactos de reses. Hay extensiones de 20.000 hectáreas (ocho leguas) plantadas de alfalfa, superficie que, por lo enorme, escapa á la concepción de un europeo. El antiguo corral ha sido reemplazado por cuadras y establos donde se refugia el ganado durante las inclemencias del tiempo.

Antes había que cabalgar largas horas y aun días enteros, para llegar á una estancia. Hoy el

el cultivo de la tierra y el cuidado y remedio de las enfermedades de las bestias.

— Si quiere usted saber algo del mundo — os dice con sonrisa de satisfacción — ahí tiene con qué enterarse.

Y muestran un velador, en el centro de la biblioteca, sobre el que están apilados los principales diarios de París y Londres juntos con los de Buenos Aires; revistas ilustradas escritas en francés, inglés y alemán; publicaciones de modas y *sports*, y hasta boletines de Academias de Medicina, que contienen artículos sobre ciertas enfermedades del ganado.

El dueño de la casa es algunas veces más fuerte en idiomas que el visitante, á pesar de vivir en el campo y no preocuparse de estudios. El país,

con su cosmopolitismo, le ha servido de maestro. El padre era inglés, la madre argentina, su esposa hija de franceses; un tío suyo, casado con una hermana de su madre, era español; otro era italiano; las niñas hablan alemán y tienen una institutriz germánica que dirige la casa; el mayordomo es australiano, el cocinero polaco, y toda esta asociación de orígenes aporta al idioma usado en la estancia un conocimiento superficial, pero continuo, de las diversas lenguas.

Recuerdo que, viajando por el Norte de la Patagonia, viví un par de días deliciosos en la estancia de un amigo mío francés, situada junto al

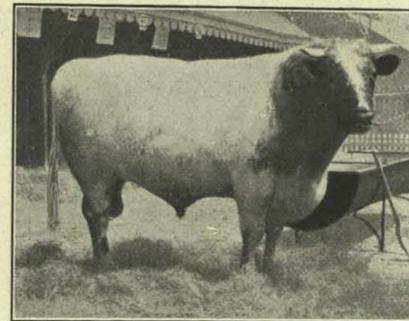
río Colorado. Hacía algunas semanas que no estaba enterado de lo que ocurría en el mundo, y más de seis meses que no había abierto un libro de Europa.

— Lea usted — me dijo el estanciero —. Está usted en su casa.

Y mientras él, montando á caballo salía con un peón á ver sus ovejas ó pasaba parte de la noche en el club de un pueblo inmediato, yo, encerrado en la biblioteca de la estancia, devoraba las revistas francesas recién llegadas, los libros aparecidos en el último semestre. Todo lo de París estaba allí.



EL CAMPEÓN DE LOS BORREGOS LINCOLN EN LA ARGENTINA



TORO CAMPEÓN EN 1900



TRILLA EN LA PAMPA

Llovía mucho. Cuando me sentía fatigado, asomábame á la terraza de la estancia, llena aún la retina y el pensamiento de las imágenes é ideas del centro de Europa, y experimentaba una impresión de asombro viendo los campos inmensos, cubiertos de matorrales, sin una casa, sin otro vestigio de vida que las ovejas que, con los vellones chorreantes, buscaban refugio entre los raquíuticos arbustos. Las aguas del río Colorado rodaban invisibles á pocos pasos, con feroz gruñido, entre dos pendientes de salvaje vegetación. De vez en cuando un trote, un grito humano, y veía pasar á lo lejos un sombrero y la parte alta de un poncho, saltando por encima de la espesura á impulsos del galopar de un caballo invisible. ¡La majestuosa soledad de la Pampa virgen, sorprendiéndome en plena lectura de frivolidades literarias! ¡Aquel amigo estanciero, deleitándose en la contemplación del retrato de alguna artista mundana de París, enterándose de las últimas modas, leyendo las novelas más ligeras y recientes, casi en pleno desierto, á orillas del Colorado, donde aún existen los emplazamientos de los fortines que hace treinta años repelían al jinete patagón y sus temibles *malones*!

En otra estancia más grande y rica, situada en el centro de la provincia de Buenos Aires, pude apreciar con mayor claridad este contraste entre el pasado y el presente. Acabábamos de almorzar en el suntuoso comedor. El dueño de la estancia me mostraba en los establos, inmediatos al edificio, claros, elegantes y confortables como salones, sus bestias de precio; toros y caballos, adquiridos en exposiciones y destinados á la reproducción. Muchos de estos animales habían obtenido premios en los concursos de Inglaterra, comprándolos el estanciero á precios fabulosos, para la mejora de la raza. Un toro le había costado 30.000 francos. Más allá un gallardo corcel de carrera, con los ojos enrojecidos por su ardiente sangre, representaba un precio mucho mayor.

— Fíjese bien, amigo — decía el estanciero con orgullo. — Pocos animales verá en su vida como éstos.

La brisa de la tarde conmovía con dulce susurro el parque de la estancia, hermoso y elegante como un jardín versallesco. El musgo de los arriates estaba limpio y cepillado lo mismo que un tapiz de peluche verde. En las avenidas sonaban risas y carreras. Algunas niñas, vestidas de blondas, con faldas huecas como bailarinas, adorables monigotes de lujosa gracia, jugaban vigiladas por una institutriz, lo mismo que si estuvieran en las Tullerías ó los Campos Elíseos. Llegaban hasta nosotros los lejanos ecos de un piano. La señora de la casa, luego de departir sobre literatura y arte durante el almuerzo, despertaba con sus manos el marfileño teclado, haciéndole cantar el himno á la Primavera, de *La Walkyria*. . . ¡El bienestar, la riqueza, todos los refinamientos de la civilización en medio de la soledad adusta y monótona de las pampas!

Junto al palacete vi un edificio viejo, un cubo robusto de mampostería con ventanucos estrechos, parecidos á saeteras, y que empezaba á desmoronarse por su parte superior.

El dueño, adivinando mi extrañeza, me habló de él en tono de excusa:

— Es un resto de la antigua estancia: una torre de defensa. Debía demolerla, pero no me decidí á hacerlo. Tengo remordimiento. . . Vea, amigo, la construyó mi padre.

Luego continuó:

— Cuando los indios invadían la estancia para robarnos animales, y eran muchos, un *malon* fuerte, papá, se encerraba aquí con los peones armados, y ¡fuego! por las aspilleras contra todo el que se aproximaba á la casa. Á veces, el bloqueo duraba algunos días.

— ¿Y hace mucho tiempo de eso? . . .

El estanciero reflexionó.

— Me acuerdo vagamente de una vez que papá nos despertó á media noche á mi madre

y á mí para llevarnos á la torre. Un peón había llegado con la noticia de que los indios se acercaban. Hasta creo que pasé ahí dentro un poco de hambre . . . Esto debió ocurrir hace unos treinta y cuatro años.

\* \* \*

En tres regiones puede dividirse el territorio argentino apto para la agricultura: la región septentrional, situada al Norte, más allá de las provincias de Santa Fe y Entre Ríos: la región Central, que empieza con estas provincias y acaba en el Sud de la provincia de Buenos Aires y del territorio de la Pampa, comprendiendo una gran parte de las gobernaciones de Río Negro y Neuquén: la región del Sud, que partiendo de estos límites llega hasta la Tierra del Fuego.

La región agrícola del Norte se caracteriza por un clima caliente, abundantes lluvias en su parte oriental y menos abundantes en la occidental. La del Centro tiene un clima más templado, goza de lluvias regularmente distribuidas en su parte oriental y muy raras en la parte opuesta, donde menudean los períodos de sequía. En la región Sud, las lluvias aun son menos frecuentes y el clima más duro; pero hay que hacer excepción de los territorios del Oeste, vecinos á la Cordillera y los del extremo Sud, que se hallan en la zona lluviosa.

La experiencia, que tanto influye en la agricultura, ha venido, tras numerosas observaciones, á establecer una selección de cultivos, repartiéndolos por el país con arreglo al clima y las condiciones del suelo. Los cereales, tales como el trigo, la cebada, la avena y el maíz, son cultivados en grandes extensiones en las provincias del Centro: Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba y el territorio de la Pampa. El maíz también se extiende mucho por las provincias del Norte. Ciertas plantas oleaginosas encuentran condiciones propicias en la región septentrional, pero el lino y la colza que prosperan en ella, aún están más extendidos en el Centro, ó sea en la región de los cereales.

La caña de azúcar encuentra en esta geografía agrícola su lugar apropiado en la región del Norte, principalmente en Tucumán, con ramificaciones en Santiago del Estero, Salta, Jujuy, Corrientes, Santa Fe (parte septentrional), Formosa, el Chaco y Misiones. El cultivo de dicha caña sostiene poderosos centros industriales. En Corrientes y Misiones



CONDUCIENDO LA COSECHA Á LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL